
CAPÍTULO III.

Leon Gambetta.

Parece imposible que, despues de haber concentrado tanta vida en las altas cimas de la tribuna, le haya herido, como al más humilde y más silencioso de los mortales, el cetro de la muerte. Ayer aún, el mármol retemblaba vibrante bajo sus manos, como un altar consagrado por los cánticos y por las llamas; estremeciase bajo sus plantas el suelo como un volcan herido por los sacudimientos de las erupciones; innumerables muchedumbres pendian de sus labios abrasados por el fuego de la elocuencia; ejércitos ceñidos de ideas surgian al resuello tempestuoso de su titánico pecho; y hoy, horrible frio le hiela, inerte rigidez le postra, eterno silencio le posee, cual si enviado por Dios como sus espíritus angélicos á llevar el verbo divino por los espacios y verter en torno suyo el éther con su color y con su luz, se perdiera y encerrára como una triste oruga en el polvo frio de los mismos mundos surgidos al acento de su pala-

bra. Yo le he visto golpeando sobre los bordes de la tribuna como el Titan sobre las cimas del Etna; yo le he oído despidiendo ideas tonantes que relampagueaban como las nubes del alto Sinaí. Parecía en aquellos minutos creadores, ese cadáver yerto, al empujar hácia adelante con su ímpetu soberano el río de los tiempos y adelantar las horas del humano progreso, disponer por completo y á su antojo de la insondable eternidad. Hoy la cabeza donde ardía la llama divina cae como una inerte piedra sobre las tablas de un ataúd oscuro, y el cuerpo que sustentára con sus espaldas la Francia y la República se desploma y se derrumba, confundándose, como los gusanos que habrán de devorarle, con la humilde tierra.

¡ Oh! No pasa, no, un ilustre mortal así de pensamiento á polvo. La vida que ha latido en su seno y que ha derramado tantas ideas inmortales en el seno de la humanidad, no se desvanece como la niebla de la mañana ó como el arbol de la tarde. Cual queda su memoria viva en el tiempo, sube su esencia incomunicable á la eternidad. Todas las convenciones de sectas más ó ménos materialistas concluyen por estrellarse contra un misterio tan sublime como el misterio de la muerte. Al ver los labios que despedían el verbo divino, mudos, involuntariamente se convierten los ojos al cielo y adivinan por intuiciones sobrenaturales, sumer-

giéndose allá en la luz eterna, que así como no se explica todo por nuestra razón propia, no se concluye todo en nuestro mísero planeta. Quien ha dado tantas alas al espíritu, no se las dió para que se troncharan en el vacío; quien sembró de ideas la conciencia como de mundos el espacio, no las sembró para que fueran una sombra más añadida por el hado á las sombras del sepulcro. El aire vital y el calor eterno circundan nuestro globo, y el alma no puede, no, estar circuida de la nada. Los átomos van á continuar la circulación misteriosa de la vida, y el pensamiento no puede ir á sumarse, no, á las frías cenizas de un cementerio. Cuando se ven seres oscuros, nacidos en las ínfimas clases sociales, sin más fuerza que la voluntad, sin más guía que su vocación, huérfanos de todo amparo, destituidos de toda fortuna, saber subir con esfuerzo, entre la indiferencia de unos y el odio de otros, contrastados aquí, aborrecidos allí, calumniados en sus móviles, y llegar á las cimas de los Estados para disponer en la tribuna del alma de una generación y en el gobierno de la suerte de un pueblo, ejercitando un ministerio de que no se dan cuenta ellos mismos, y cumpliendo un fin para ellos mismos incomprendible, unas veces levantados á las alturas y otras veces hundidos en las profundidades por inexplicables encrespamientos, persuádese ¡ oh! el alma ménos reflexiva

fácilmente á creer que hay en las sociedades como en el Universo una finalidad providencial y que rige á los hombres como rige á los mundos una ley dimanada indudablemente de la suprema y divina inteligencia, la cual advierte más y enseña más á quien ménos la reconoce y la proclama.

Los que columbramos y advertimos el ministerio providencial de Gambetta, cuando sólo sus condiscípulos más allegados le conocían en Francia; al considerar su vida, heroica verdaderamente, rompiendo con la pólvora de sus altas pasiones todos los obstáculos; su muerte, sobrevenida despues de cumplir los destinos con que soñara en su buhardilla de mísero estudiante, nos confirmamos en dos ideas capitales de nuestro sér en la inmortalidad del alma espiritual y en la existencia de nuestro pródigo Criador.

No habia más que ver á Gambetta para descubrir en él su complexion verdadera, la complexion del combatiente. Naturaleza lo habia forjado para las batallas. Su elocuencia misma fulminó más que iluminó. El exceso de sangre prestábale ardores contínuos de guerra. El cuello grueso, las espaldas amplias, los brazos nervudos, los pulmones resonantes, la voz fragorosa, la melena desordenada, el ojo ardentísimo, el talante imperioso, el aire soberbio, acusaban el atleta cargado de frases tan cortantes como armas de una campaña perdu-

rable. La hirviente sangre servíale para la tenaz y activa accion como sirven al movimiento de la máquina los hervores é impulsos del vapor. Alguna vez se le subia de súbito á la cabeza y le causaba vértigos increíbles de rabia y arrebatos cuasidementes de ódio. Pero, serenándose pronto, recobraba un fondo de dulzura inalterable, propio de aquel natural exaltadísimo, necesitado de un frecuente reposo. Así, lo mismo sus discursos que sus actos, inclinábanse, por una propension de toda su naturaleza, incontrastablemente al combate. Su vida pública fué una guerra tenaz. Tres luchas homéricas la constituyen: primera, la lucha con el Imperio y sus cortesanos; segunda, la lucha con el extranjero y sus irrupciones; tercera, la lucha con los reaccionarios y sus maniobras. En el Cuerpo Legislativo, en el Hôtel de Ville, en la prefectura de Tours y en las elecciones subsiguientes de diez y seis de Mayo, Gambetta, como Aquiles, empleó la eterna pasion del guerrero, empleó la cólera. De modo que Dios no habia hecho, no, al grande hombre infeliz, ni para la victoria, ni para el reposo; lo habia hecho para el combate; y en cuanto el combate concluyera se durmió en el eterno sueño y entró en la inmortalidad, como un sér que ha cumplido todo su ministerio providencial y ha realizado toda su épica obra.

Y, sin embargo, este hombre, tan ardoroso y valiente, dió á la democracia francesa con empeño tenacísimo el carácter legal que tuvo en los años próximos á su victoria, y que tanto le valió luego para gobernarse con calma en medio de los mayores peligros y reponerse pronto, sin apelar á la guerra civil, de los hipócritas atentados dirigidos contra su derecho por los últimos esfuerzos de la reaccion espirante. Despues de haber puesto en la frente del César la marca del réprobo con su arenga indignada sobre el martirio de Baudin, como las muchedumbres, ansiosas de un pronto y súbito cambio, le pidieran que las acaudillára, no tanto en los comicios como en los combates, contestóles Gambetta que habian pasado los tiempos heroicos de la democracia francesa, y que precisaba esperararlo todo, primero, de los errores del enemigo, y despues, de la fuerza del tiempo y del concurso de las circunstancias. Advenido al Congreso de su nacion por el voto de colegios tan ardientes como los colegios de Marsella y de París, explicó á los suyos la naturaleza pacífica de un mandato recibido para pelear en la tribuna y no en las barricadas. Inútilmente las agitaciones crecian; los discursos de Flourens y de Rochefort tronaban; los funerales de Víctor Noir, asesinado por un príncipe de la familia imperial, sobrevinian como la coyuntura propicia de una revolu-

cion formidable; Gambetta mantenía su serenidad olímpica y conjuraba con esfuerzo á los suyos para que perseveráran firmes en ir á las discusiones del Parlamento y esquivar los combates de las calles. Se necesita subir con el pensamiento á tales tiempos y evocarlos y repetirlos con la memoria para estimar todo el valor que habia Gambetta menester en aquellas ocasiones solemnes de furia revolucionaria.

¡Las calles! Nada tiene que hacer un diputado en las calles. Su mandato es legal; su oficio, de discusion, de ideas; su arma, la palabra y el voto; su barricada, la tribuna. Estos hábitos revolucionarios nos han perdido siempre y han malogrado nuestras más preciadas conquistas y nuestros días más propicios. Enseñándole al pueblo la perspectiva de una revolucion, la cima de una barricada, se le acostumbra á esperararlo todo de la fuerza y á no librar nada, absolutamente nada, en el derecho. Y no hay necesidad de aguijonearlos para que vayan á la pelea á estos pueblos latinos, más prontos á buscar en un minuto la muerte por la libertad que á consagrar á la libertad toda la vida. Tienen el heroismo de un momento, que improvisa soluciones brillantes, pero frágiles, verdaderos seres efímeros, y no tienen aquella perseverancia de los sajones, aquella tenacidad de los suizos, que trabajan medio siglo por conquistar una idea,

por implantar una reforma; que mil veces vencidos vuelven á luchar en los comicios y en los Parlamentos, cual si nada hubiera pasado; y que no están jamas seguros de su victoria cuando ven triunfar sus ideas, sino cuando las ven aceptadas por la conciencia pública, queridas por la voluntad general, puestas bajo el amparo de todos los poderes públicos y por el concurso de todos los medios legítimos en el altar sacrosanto de las leyes. Luégo, ¿á qué vais á prometer revoluciones á los pueblos en un dia señalado, á una hora fija? ¿Teneis en vuestras manos las fuerzas sociales? ¿Imagináis que se puede mover el mundo con la palanca de la voluntad individual, y que se pueden calcular los eclipses de la pública autoridad como se calculan los eclipses del sol y de la luna? Los tribunos, los escritores no tienen, como tenía el Júpiter antiguo, siempre el rayo hirviendo y centelleando á su lado; no tienen la revolucion á su arbitrio. Ideas escapadas de muchas conciencias; efluvios esparcidos por muchas indomables aspiraciones; el trabajo lento de los tiempos; las combinaciones providenciales de los sucesos; algo que se escapa á la voluntad de los individuos y que entra en la categoría de los grandes elementos sociales, decide un cambio radical, una revolucion, casi siempre alcanzada ántes por la fuerza de las ideas y las cosas, que por las conjuraciones

y los combates de los partidos políticos. El estallido de la revolucion es un momento en el tiempo. Pero la condensacion de las revoluciones exige largos años, á veces largos siglos. Sobre todo, se necesita una generacion pronta al sacrificio y dispuesta por las generaciones anteriores. El hombre que se compromete á hacer una revolucion en dia dado por su esfuerzo solitario, por su propio ímpetu, por su fanatismo, su ambicion ó su despecho, es como los césares, semi-dioses de los antiguos, un verdadero insensato, que cree personificar él toda la sociedad.

Rochefort y Flourens la prometian; Gambetta la dejaba, con prevision, á los tiempos y á las circunstancias. Él y aquellos políticos, ó ménos fanfarrones, ó más previsores, que no prometian la revolucion para un momento dado, para un dia fijo, caian de la estima del partido republicano en impopularidad verdaderamente triste, verdaderamente afflictiva, porque indicaba con qué asombrosa rapidez cambian las opiniones de los pueblos y los ánimos se pervierten. Una de aquellas noches del mes de Noviembre de 1869, mes de ardor revolucionario, fué Gambetta, ídolo del pueblo en el mes de Abril, á una de estas tempestuosas reuniones, y, como parecia natural á cuantos le rodeaban que subiera á la presidencia, subió. ¡Nunca lo hubiera hecho! La reunion

protestó con estrépito, y el orador se vió obligado á decir con franqueza que no queria imponerse al pueblo y que esperaba la confirmacion de su cargo. Le confirmaron; pero la eleccion de los individuos restantes de la Mesa produjo verdadero tumulto. Uno de los que más gritaban, de los más desaforados, de los más intransigentes; uno de esos que, no pudiendo llamar sobre sí la atencion por sus méritos, la llaman por sus extravagancias, y que á grito herido se decia enemigo de la propiedad individual y partidario de la política anárquica; demagogo de temperamento, comunista de tradicion, fué nombrado de la Mesa, pero no tomó asiento, porque no queria mancharse con el contacto de un Gambetta, con el contacto de un traidor. Á un republicano que sostenia el principio de que los diputados se nombran para el Parlamento y no para las calles, para las discusiones y no para los combates, le interrumpieron á injurias y le ahogaron el discurso en la garganta con los gritos y las vociferaciones de « ¡viva Rochefort! », el expendedor y repartidor de revoluciones en dia fijo, hora precisa y á domicilio. En cambio fué acogido con espasmos de frenético delirio un orador que, levantándose con las manos crispadas, los ojos centelleantes, la melena esparcida, ronca la voz, trémulo el acento de ira, preguntó á Gambetta qué respondia al epíteto de

traidor. « El desprecio », debió decir el insigne republicano. Pero en una de esas frases, tan admirables por su concision como por su energía, dijo:

— No quiero contestar, porque no quiero ser presidente y acusado. No rebajaré la majestad del sufragio universal hasta defenderme contra el órgano de una minoría usurpadora.

¡ Traidor ! Hé aquí otra de las manías de los partidos revolucionarios en Europa; desacreditar á sus jefes, maldecir de ellos, ofenderlos, desautorizarlos, desoir sus consejos leales, burlarse de sus lecciones aprendidas en larga experiencia, ponerlos á los ojos de sus enemigos como vendidos al poder, como traidores á la causa del pueblo, que es su propia causa; y luégo, cuando merced á todas estas faltas que son verdaderos crímenes, llega la hora de las desventuras y de las derrotas, fácilmente evitables con sólo oír la voz del patriotismo y de la autoridad ganada en largos años, echar sobre ellos, los desoidos, los acusados, los puestos en la picota del ridículo, los abandonados de todos, el abrumador peso y la tremenda responsabilidad de las desgracias que han previsto, de las consecuencias que han anunciado, de los males que han querido á toda costa evitar á los suyos y de que son las primeras víctimas sin haber sido en ellos ni cómplices ni reos.

En medio de tantas dificultades, aunque ase-

diado á la continúa por el grito atronador de los intransigentes, Gambetta organizaba su partido, y de una manera muy sólida y muy firme, dentro de las leyes. La nueva era por el emperador Napoleón abierta con la designación del demócrata Ollivier para el gobierno y con la restauración del régimen parlamentario en las Cámaras, no bastó á desfruncir su altivo ceño ni á modificar su constante política. Irreconciliable con el Imperio, de quien desdeñaba con desden verdadero hasta la devolución graciosa de los derechos arrebatados en la noche del dos de Diciembre, no quería salir, ni en imaginación, del camino de la legalidad. Esta resolución suya le obligaba con su complicado carácter á reprimir toda veleidad revolucionaria en las suyas y á descargar golpe sobre golpe con dureza sobre el Emperador y el Imperio. Los funerales de Víctor Noir, víctima de la familia imperial, no habían traído á París una revolución, como Rochefort esperara; mas habían traído á Rochefort un proceso. Periodista éste y diputado, se desquitaba con su graciosa y ligera pluma de las deficiencias de su torpe y pesadísima lengua. Y asesinado uno de sus redactores por la pistola de un príncipe de la sangre, asestó á toda la dinastía el rayo de su indignación. El artículo fué denunciado, y pedida naturalmente al Parlamento la indispensable autorización para intentar

el proceso; demanda que dió coyuntura oportuna y brillante á Gambetta para esgrimir su hercúlea y atronadora elocuencia. La discusión de las autorizaciones fué tormentosísima. Los grandes oradores de la izquierda demostraron de la manera más evidente y más palmaria que aquel proceso era un trascendental error político. Hasta en los mismos grupos de la mayoría hubo un corazón bastante generoso y una palabra bastante levantada para pedir que se respetara en el diputado de la nación el principio de la soberanía nacional. Tanto honor cupo al honrado Marqués de Piré, el cual pedía que se pusiera sobre la silla de la Presidencia el retrato de Borssy d'Anglas, aquel Presidente de la Convención, tranquilo cuando los fusiles apuntaban á su cabeza y á su pecho; tranquilo cuando las injurias más soeces y las amenazas más homicidas sonaban en sus oídos; tranquilo, al presentarle en una pica la cabeza del diputado Ferand, é inclinándose profundamente para saludar, bajo el sable de sus verdugos todavía teñido en sangre humeante, al mártir de las leyes. Estas palabras fueron tomadas por una extravagancia y desatendidas lo mismo de la mayoría que del Gobierno.

Pocos debates dan una idea tan clara de la genial elocuencia de Gambetta como este debate. Gravísimo incidente sobrevino. Emilio Ollivier

añadió en el extracto oficial de un discurso dirigido á Leon Gambetta, cierta palabra no pronunciada en la sesion. El Ministro habia dicho en la tribuna, dirigiéndose al Diputado: «necesitariais un relámpago de patriotismo», y añadió en el extracto: «necesitariais un relámpago de patriotismo y de conciencia.» Gambetta se volvió airado contra tal adición, diciendo que no reconocia en nadie el derecho de calificar su conciencia, y mucho ménos en quien la tenía tan cambiante y movediza. Las reclamaciones fueron ruidosas. Ollivier le dijo que se creía fuera del alcance de esos ataques, pensando que si la conciencia de monsieur Gambetta no hubiera estado por la pasión perturbada, jamas tratára de agraviarlo con aquellas injurias. «No os he dirigido ninguna injuria, decia Gambetta; os he recordado que no teneis derecho para atacar mi conciencia. Os he dicho y os repito que no reconozco en una conciencia tan movediza como la vuestra, jurisdicción alguna sobre la mia, que es firmísima. No os disputo el derecho á cambiar de opinion; pero hay algo que no explicaréis jamas satisfactoriamente, y es el haber coincidido vuestro cambio con vuestra fortuna.» Magullado y maltrecho, el Ministro se limitó á responder, como quien sale del paso y burla el cuerpo, que no habia necesidad de defender su entereza de carácter y su consecuencia política.

Gambetta, cada vez más irritado, y cebándose en su presa con verdadero furor, le replicó: «Vuestros electores os han declarado indigno.» «El ejercicio del poder, dijo Emilio Ollivier, es una carga pesada de conciencia.» «No, le replicó Gambetta, no es una carga de conciencia, es un cargo de corte.» «Desde mil ochocientos cincuenta y siete, sólo he tenido un pensamiento, exclamó Ollivier, la libertad.» Gambetta le dijo: «Pero os habeis llamado republicano.» «Yo, añadió Ollivier, he cumplido mi juramento. En mil ochocientos sesenta y uno dije al Emperador que diera la libertad, y yo, aunque republicano, le seguiria y admiraria. La ha dado, y le sigo y le admiro. He cumplido mi promesa.» Despues de estas palabras del Ministro, la mayoría pugnaba y gritaba para que se cerrase el debate. Gambetta no queria dejarle sin respuesta y hablaba en medio del tumulto. El Presidente pronunció estas palabras: «Llamo á M. Gambetta al órden.» «Señor Presidente, está bien, dijo Gambetta; pero llamad ántes á ese Ministro á la honra.»

En esto sobrevino una demostración práctica de que, obediente á su origen, el Imperio usa del Parlamento para caer en el plebiscito. La tribuna resonante, las Cámaras abiertas á una discusión continua, los partidos organizados ya y con sus jefes á la cabeza, los ministros cuasi responsables,

la presidencia del Ministerio con una especie de autonomía peculiar, todas estas graves transformaciones iban dando al régimen napoleónico todo el carácter de una república parlamentaria, cuando ménos, de una monarquía representativa, y Napoleón III, metido mal de su grado en aquellas sirtes, comprendía que acababa el Imperio si desistía de su origen y dejaba en manos de los parlamentarios el carácter y la complexion de dictadura plebeya. No podía, no, llamarse nadie ya entonces á engaño. Napoleón revelaba todo el móvil de su política y todo el secreto de su plebiscito en las siguientes palabras: «Dadme nueva prueba de confianza, depositando en la urna un voto afirmativo, y conjuraréis las amenazas de la revolución, y asentaréis sobre sólidas bases la libertad, y haréis más fácil en lo porvenir *la trasmisión de la corona á mi hijo.*» En efecto, el asegurar la dinastía era todo el empeño de la política, todo el móvil de los plebiscitos. Emilio Ollivier, que se había dado á imitar el estilo de Lamartine careciendo por completo de su estro poético y de su gusto literario, trazaba en tierna pastoral égloga una imagen virgiliana de aquel César, consagrado como el labrador á contar sus bueyes y sus borregos para transmitirlos con toda su hacienda al hijo de sus entrañas en la hora de bendecida muerte. Esta literatura sentimental, en que los tigres se

vuelven corderos, me recuerda los idilios con que los infames esclavistas bordan el tema de la esclavitud: el negro, seguro de su alimentación, cuidado como el mejor caballo; recluso en su cabaña á la sombra del cocotero y de la palma real; advertido, más que castigado, por el cepo y el látigo; educado y corregido en el tormento; teniendo á su amo por su patriarca y á su ama por su diosa; cantando el tango melancólico que recuerda el viento del desierto y el rumor de las selvas; incapaz de sentir sus cadenas materiales, su rebajamiento moral, su falta de dignidad, su condicion de cosa aprovechable, la venta de su mujer y de sus hijos, porque vive completamente despojado de personalidad y de conciencia, como enorme feto en las pródidas entrañas de la Naturaleza. La trasmisión de las naciones como se transmiten los establos, ¿no os parece el mayor de los sarcasmos del poderoso y la mayor de las injurias al débil?

Los cortesanos auxiliaban poderosamente á su César. En la calle de Rívoli, bajo la presidencia del Duque de la Albufera, habían organizado una comisión directiva, que escribía programas, circulares, cartas, carteles, periódicos, proclamas, folletos, boletines, conjurando al pueblo á que votase «sí» y diciéndole que salía de una Constitución cesarista y entraba en una Constitución liberal. ¡Ah! Muchos y muy poderosos esfuerzos

eran necesarios para contrastar tanto poder. La izquierda de la Cámara comprendió que estaba perdida si no podía organizar, frente á frente de la comision imperial, una comision republicana. Y organizó é instaló en la calle de La Sourdière una junta directiva que se levantára frente á frente de la junta directiva instituida é instalada en la calle de Rívoli. Pero ¡cuántas dificultades y cuántas divisiones! ¡Qué organizacion tan poderosa, qué fuerzas tan grandes, qué conjunto de miras tan completo, qué unidad de pensamientos, de accion, en todos los imperialistas, y qué divisiones tan profundas, qué desorganizacion tan completa, qué falta de unidad de idea y de unidad de accion en las filas republicanas! Mil cuestiones personales surgian á cada paso, llevando consigo mil irremediables quebrantamientos.

Aparte estas cuestiones personales, habia otros motivos de disentiimiento más profundos y más graves entre los miembros de la comision republicana. Unos, como Simon y Grevy, pertenecian á la escuela que deseaba concluir con los poderes permanentes y hereditarios, para reemplazarlos por los poderes amovibles, responsables, republicanos, pero sin salir del régimen parlamentario ni quitar á las clases medias la direccion de la democracia; otros, como Peirat y Delescluze, estaban por la revolucion francesa, por el

Código del 93, por el Estado fuerte, por la dictadura republicana, por la Convencion permanente, por la omnipotencia jacobina, por el ideal de Robespierre; miéntras algunos seguian creyendo que toda reforma era inútil, todo trabajo estéril, todo tiempo perdido, toda combinacion política ilusoria si el partido democrático no entraba de una vez en pleno socialismo.

Armonizar estas ideas contradictorias, reunir en uno solo estos partidos opuestos, hacer de estos capitanes desbandados huestes aguerridas, con un solo propósito y una sola bandera, obra difícil parecia á primera vista; pero la llevó á cabo, con grande tacto en su proceder y mucha elevacion en su pensamiento, Gambetta, que se habia ganado la jefatura del partido por el vigor de su frase, verdadero continente de ideas profundas, y por el acierto de su conducta, que mezclaba con la energía de un convencional antiguo la maravillosa flexibilidad propia de su estirpe italiana. El discurso pronunciado en tal debate constituye quizas el primero entre los timbres del orador al reconocimiento de la posteridad. No encontraréis en él aquellos esplendores literarios difundidos por la elocuencia de un Berrier ó de un Guizot; pero sí la fijeza en el punto capital de la polémica y la exactitud matemática en la definicion del Estado político y las enumeraciones lógicas de las verda-

deras indeclinables consecuencias. Gambetta proclamó que la triste apelacion al plebiscito significaba el reconocimiento positivo de una superior soberanía nacional y la revocabilidad inmediata de todos los poderes imperiales. Efectivamente buscaba el César en aquella maniobra política la seguridad de un legado y se hallaba de manos á boca, impensadamente, con el único heredero permanente de todos los poderes fundados sobre la soberanía nacional: con el pueblo. Aquel vigoroso discurso de Gambetta quedó como un eterno comentario al plebiscito y como una próxima reivindicacion de la soberanía nacional inmanente y eterna.

En esto, la nacion tuvo que reivindicar materialmente su poder. Los que á sí mismos se llamaban personalidades providenciales, mandadas por Dios para enfrenar la revolucion y sostener la sociedad, cayeron en la sima sin fondo de una guerra sin nombre. Vencidos, rotos, prisioneros, malbarataron el honor á cambio de unos dias de vida, y trajeron la desmembracion del suelo nacional, que acaparáran y retuvieran en una noche luctuosa, eternamente infame. Los republicanos quisieran que no les tocára en suerte la horrible liquidacion del régimen imperial; pero no podian desertar del puesto de peligro á que les llamára la fatalidad incontrastable sin desertar tambien de

todo sentimiento de honor. Los partidos no se suceden unos á otros por su propio albedrío, sino por leyes más altas y más inevitables. Gambetta, en quien predominaba la exaltada virtud del verdadero patriotismo, creyó que un retroceso inmenso venía si la República se apagaba en Francia y Francia se perdía para Europa. Movidó por esta conviccion, á un tiempo nacional y humana, intentó contrastar con su voluntad impetuosa los inflexibles decretos del destino. Y á este pensamiento se transfiguró. Quien le hubiera visto como yo ántes y despues de aceptar tamaña empresa, imaginára encontrar en él un hombre distinto. La defensa nacional se levantó en su corazon á un verdadero sacerdocio. De las ruinas quiso extraer una Francia nueva. De la derrota pensó forjar el triunfo. Dominado el Este, vencida Estrasburgo, entregada Metz, asediado el sacro recinto de París, constreñido el Gobierno á guarecerse tras la línea del Loira, que significaba media Francia perdida y disgregada de la otra media, no tuvo un momento de desmayo en aquella lucha gigante y á brazo partido con la fatalidad. Él constituyó un Ministerio de la Guerra con generales improvisados, ingenieros civiles, marinos; Ministerio por el cual circulaba el estro de un ardiente patriotismo, si no el genio de la verdadera inspiracion militar. La leyenda del 93 tomaba de nuevo cuer-

po allí, si no con igual fortuna, con empeño igual. Apénas es creible, apénas, el número de soldados que se reunió, el material de guerra que se acumuló, el núcleo de ejército que se improvisó, la resistencia que se opuso, en medio de la desesperacion, al poder incontrastable del hado y al decreto inflexible de la victoria. Diríase que aquel hombre vencía, por un milagro de su voluntad, á la muerte, y arrancaba de su sepulcro á Francia soterrada, como el Salvador á Lázaro corrupto. No pudo una fuerza menor y desorganizada vencer á una fuerza mayor y orgánica. Las leyes de la mecánica se sobrepusieron á las leyes de la moral. Tuvo el universo entero implacable indiferencia por la justicia ó la injusticia. Reinó á su antojo la ciega fatalidad. Alemania no sólo tenía su propio ejército innumerable, tenía el ejército entero de Francia completamente á su merced. Por salvar el trono ántes que la nacion, los imperiales, en su horrible campaña, lo habian entregado al invasor. Gambetta no pudo salvar la integridad de Francia; pero salvó la honra de Francia. Merced á él cayó la nacion, traicionada por el cesarismo, con la protesta en los labios, las armas en la mano y la esperanza del desquite en el corazon. Le habia devuelto con tal esfuerzo á su patria la vida que de su patria recibiera.

Su viaje aéreo, tan ridiculizado por sus enemi-

gos, le dió renombre universal, no sólo entre los suyos, entre los pueblos extranjeros. Yo, en aquellos dias, pasados algunos en la prefectura de Tours, entreteníame mucho escuchando las aventuras aerostáticas. Recuerdo ahora mismo una expedicion contada con viveza por uno de los aeronautas. Cinco eran los atrevidos. Á las ocho de una mañana de Octubre habian abandonado París, alzándose á los aires desde la estacion de Orleans. En quince minutos subieron ochocientos metros. En los primeros momentos parecian estar inmóviles. Desde aquellas alturas contemplaban París como un estudiante de Geografía contempla un mapa en relieve. Los monumentos, los edificios, las calles, todo se dibujaba clara y distintamente á su vista. Una hora pasaron sobre París, como si París los atrajese ó como si el globo obedeciera á las ideas, á los sentimientos de su tripulacion y no quisiese apartarse de aquella gran ciudad, más amada de sus hijos cuanto más perseguida y desdichada. En dos horas, el viento los llevó hácia el bosque de Bolonia, desde donde pasaron pronto sobre las líneas prusianas. Los soldados enemigos se dedicaban á cazarlos. Las descargas sonaban, las balas silbaban, pero ninguna les tocó. En cambio los navegantes llovian sobre los prusianos hojas republicanas impresas en París. Á la disminucion del lastre corresponde rápido